

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ

**EL «QUIJOTE» DE CERVANTES, EL «QUIJOTE» DE AVELLANEDA Y
LA RETÓRICA DEL SIGLO DE ORO**

SEPARATA

Edad de Oro, XIX
Universidad Autónoma de Madrid
2000

EL *QUIJOTE* DE CERVANTES, EL *QUIJOTE* DE AVELLANEDA Y LA RETÓRICA DEL SIGLO DE ORO

Es mi intención realizar algunas consideraciones, desde la perspectiva que proporciona la retórica, sobre el *Quijote* de Cervantes y el *Quijote* de Avellaneda. A mi modo de ver, la comparación entre las dos obras y el análisis retórico de las mismas puede suministrar datos muy valiosos para comprender y apreciar mejor su calidad artística.

A este respecto, hay que advertir que la crítica no siempre ha prestado la debida atención a la influencia de la retórica en la literatura del clasicismo. Esta lamentable carencia, que comienza a ser solventada, tiene una clara explicación histórica, como ha mostrado Marc Fumaroli¹. En efecto, la historia de la literatura surgió en el siglo XIX como una alternativa a los estudios clásicos de Poética y de Retórica, en un momento en que el Romanticismo había llevado a cabo una auténtica revolución anticlásica. El rechazo romántico de la Retórica se tradujo académicamente en su desaparición de la enseñanza oficial. Autores del prestigio de Gustave Lanson reclamaron a principios del siglo XX la desaparición de la enseñanza de la Retórica y su sustitución por la Historia de la Literatura, lo que ha llevado a la postre al simple desconocimiento de los preceptos retóricos. Y si la Historia de la Literatura surgió fundamentalmente como un rechazo de la retórica, nada tiene de extraño que haya habido ciertas reticencias en nuestro siglo para admitir la influencia de la retórica en las obras anteriores a la revolución romántica.

¹ Cfr. M. Fumaroli, *L'Âge de l'éloquence*, Ginebra: Droz, 1980, págs. 1-34.

De esta forma, el menosprecio de la retórica ha impedido advertir algo que resulta a todas luces innegable, como es el absoluto dominio de la misma por parte de Cervantes y su enorme importancia en el *Quijote*. La simple recuperación de los preceptos retóricos muestra bien a las claras el abundante y provechoso uso que su autor supo hacer de los mismos². Pero Cervantes no sólo se sirve de las normas retóricas en la elaboración de los numerosos discursos de la obra y en las frecuentes discusiones dialécticas, sino que la propia personalidad de don Quijote está construida desde un planteamiento estrechamente relacionado con la retórica. En efecto, una característica fundamental de don Quijote, reflejada en la misma palabra «ingenioso» que aparece en el título de la obra, consiste precisamente en que es un magnífico orador, el mejor orador posible, y este aspecto esencial no ha sido suficientemente advertido por la crítica.

La palabra «ingenioso», antepuesta al nombre del personaje en el título de la obra, ha llevado a los estudiosos a sopesar la posible influencia en el *Quijote* del *Examen de ingenios para las ciencias*, obra publicada en 1575 por el médico navarro Juan Huarte de San Juan. En esta obra, Huarte se propone aconsejar a los lectores cuál es la actividad más indicada en consonancia con su tipo de ingenio o personalidad, y para ello ofrece una clasificación de los tipos de «ingenios», basada en la reelaboración de las consideraciones efectuadas por la medicina tradicional sobre los humores.

Tradicionalmente, se venía creyendo que los caracteres de los hombres nacían de la combinación de cuatro calidades primeras, la sequedad, el calor, la frialdad y la humedad, que encontraban su correlato en el cuerpo humano en los cuatro humores correspondientes: la cólera o bilis amarilla, la sangre o bilis roja, la melancolía o bilis negra, y la flema o bilis blanca. Según el humor que predomina

² A propósito de la retórica y la obra de Cervantes, cfr. M. Mckey, «Rhetoric and characterization in *Don Quijote*», en *Hispanic Review*, 42, 1974, págs. 51-66; A. Roldán Pérez, *Don Quijote: Del triunfalismo a la dialéctica. Discurso leído en la solemne apertura del Curso Académico 1974-1975*, Murcia: Universidad de Murcia, 1974; Thomas R. Hart y Steven Rendall, «Rhetoric and persuasion in Marcela's address to the shepherds», en *Hispanic Review*, 46, 3, summer 1978, págs. 287-98; A. Roldán, «Cervantes y la retórica clásica», en M. Criado del Val (ed.), *Cervantes, su obra y su mundo. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, Madrid: Edi-6, 1981, págs. 47-57; A. Blecua, «Cervantes y la retórica (*Persiles*, III, 17)», en A. Egido (coord.), *Lecciones cervantinas*, Zaragoza: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1985, págs. 133-47; E. Artaza, *El «ars narrandi» en el siglo XVI español. Teoría y práctica*, Bilbao: Universidad de Deusto, 1989, págs. 339-42; L. López Grigera, «La retórica y el análisis de la novela del Siglo de Oro: *La Gitanilla* y *El amante liberal*», en L. López Grigera, *La retórica en la España del Siglo de Oro*, Salamanca: Universidad de Salamanca: 1994, págs. 151-63; A. Martín Jiménez, «Retórica y Literatura: discursos judiciales en el *Quijote*», en J. M. Labiano Ilundain, A. López Eire y A. M. Seoane Pardo (eds.), *Retórica, Política e Ideología. Actas del II Congreso Internacional*, Salamanca: Universidad de Salamanca: 1997, págs. 83-9 y V. Ramón Palerm, «Cervantes y la retórica clásica: Estado de la cuestión», en J. M. Labiano Ilundain, A. López Eire y A. M. Seoane Pardo (eds.), *Retórica, Política e Ideología. Actas del II Congreso Internacional*, op. cit., págs. 91-6.

minara en cada individuo, se establecían cuatro tipos de temperamentos: el colérico (en el que prima la bilis amarilla y es caliente y seco); el sanguíneo (en el que prima la sangre y es caliente y húmedo); el melancólico (en el que prima la bilis negra y es frío y seco), y el flemático (en el que predomina la flema y es frío y húmedo). A partir de esta clasificación, se ha puesto de manifiesto que Cervantes estaba al corriente de las teorías médicas de la época, mostrando que las cualidades físicas de don Quijote, como su rostro amarillento, su extrema delgadez, sus piernas largas y velludas o sus anchas venas, corresponden al carácter colérico y melancólico de la tradición³.

Sin embargo, creo que no se ha llegado a advertir con claridad la gran importancia que tiene el *Examen de ingenios* en la construcción del carácter de don Quijote⁴, y ello ha sido debido a que no se han tenido en cuenta las ideas retóricas de Huarte y su influencia en Cervantes.

En efecto, Huarte no se limita a exponer la teoría tradicional sobre los humores, sino que realiza una sustancial reelaboración de la misma, y describe además las cualidades que ha de tener el perfecto orador. Y esas cualidades son precisamente las de don Quijote.

Para Huarte, los caracteres de los hombres no nacen de la combinación de las cuatro calidades primeras de la tradición, sino sólo de tres, pues considera que la frialdad no tiene importancia alguna en la determinación de la personalidad. Así, el calor, la humedad y la sequedad son las calidades que determinan los ingenios, y cada una de ellas es responsable de una de las tres potencias básicas del ser humano: el calor se relaciona con la imaginativa o imaginación, la humedad con la memoria, y la sequedad con el entendimiento. Los ingenios poseen

³ En la edición del *Quijote* de Francisco Rico leemos que Cervantes probablemente entendía el adjetivo *ingenioso* «a la luz de la doctrina de los humores, como una manifestación del temperamento colérico y melancólico» (M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona: Crítica, 1998, pág. 2, nota.). Agustín Redondo, por su parte, destaca el carácter melancólico de don Quijote (vid. al respecto «La melancolía y el *Quijote* de 1605», en A. Redondo, *Otra manera de leer el «Quijote»*, Madrid: Castalia, 1997, págs. 121-46).

⁴ Así, Edward C. Riley considera marginal la influencia del libro de Huarte en el *Quijote*. Cfr. E. C. Riley, «Cervantes: Teoría literaria», en «Prólogo» a Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, op. cit., págs. CXXIX-CXLI. La misma opinión sostiene Agustín Redondo en su estudio sobre la melancolía en el *Quijote*, quien apunta que Cervantes, como hijo de cirujano, debía de conocer las teorías habituales de la medicina de la época, y afirma que el libro de Huarte de San Juan «se ha valorado demasiado con relación a nuestra obra» (A. Redondo, «La melancolía y el *Quijote* de 1605», op. cit., pág. 135). Como intentaré demostrar, y sin poner en duda que Cervantes pudiera conocer la generalidad de las doctrinas médicas de su tiempo, la obra de Huarte de San Juan ejerció sobre él una especial influencia. Vid. además al respecto S. Gilman, *La novela según Cervantes*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1993, págs. 105 y sigs.; F. Martínez-Bonati, *El Quijote y la poética de la novela*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995, págs. 13, 228-9 y D. F. Arranz Lago, «Sobre la influencia del *Examen de ingenios* en Cervantes. Un tema revisitado», en *Castilla*, 21, 1996, págs. 19-38.

en distinta medida esas tres potencias básicas, y a cada una de esas potencias le corresponden diferentes actividades. Así, la imaginativa es responsable de la elocuencia, de la predicación, del gobierno de la república, o del arte militar; la memoria se relaciona con el aprendizaje de la gramática y de las lenguas, y el entendimiento con la dialéctica o la abogacía. Y en un primer momento, Huarte advierte que cada persona puede tener un elevado grado de alguna de ellas, siendo imposible poseer las tres a la vez⁵.

Sin embargo, más adelante matiza su opinión, y, aduciendo que no hay regla que no tenga su excepción, considera que puede existir cierto tipo de ingenio excepcional en el que se den a la vez esas tres potencias. Pues bien, Huarte considera que el perfecto orador es precisamente ese ingenio excepcional que posee una gran imaginativa, mucha memoria y un gran entendimiento⁶. A este respecto, Huarte establece una jerarquía de los ingenios en relación con una forma de oratoria como es la predicación, considerando los cuatro tipos siguientes:

[...] los ingenios que se han de elegir para predicadores son, primeramente, los que juntan grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria. [...] Faltando éstos, suceden en su lugar los melancólicos por adustión. Éstos juntan grande entendimiento con mucha imaginativa; pero son faltos de memoria, y así no pueden tener copia de palabras ni predicar con mucho torrente delante el auditorio. En el tercer lugar suceden los hombres de grande entendimiento, pero faltos de imaginativa y memoria; éstos predicarán con mucha desgracia, pero enseñarán la verdad. Los últimos (a quienes yo no encomendaría el oficio de la predicación) son aquellos que juntan mucha imaginativa y son faltos de entendimiento⁷.

Y el ingenio situado en primer lugar, que junta un gran entendimiento con mucha imaginativa y memoria, corresponde precisamente al caso de don Quijote.

Que Cervantes tenía en mente los planteamientos de Huarte sobre el perfecto predicador al configurar la personalidad de don Quijote, queda de manifiesto en las siguientes palabras de Sancho: «Más bueno era vuestra merced para predica-

⁵ Cfr. J. Huarte de San Juan, *Examen de Ingenios para las Ciencias*, ed. de Esteban Torre, Barcelona: PPU, 1988, pág. 65.

⁶ Huarte expresa así el carácter excepcional de este tipo de ingenios en el capítulo X de su obra: «son tan pocos que no he hallado más que uno, de cien mil ingenios que he considerado» (ibid., pág. 204). Huarte remite para el tratamiento de este tipo al penúltimo capítulo de su obra (XIV), en el que pasa a afirmar lo siguiente: «hace naturaleza en esta manera tan pocos, que no he hallado más que dos en cuantos ingenios he examinado» (ibid., pág. 309). A propósito de la obra de Huarte en relación con la oratoria y la predicación, cfr. T. Albaladejo, «La retórica en el *Examen de ingenios para las ciencias* de Huarte de San Juan: elocuencia, verdad y el perfecto orador», en *Castilla*, 21 (1996), págs. 7-17.

⁷ J. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, op. cit., pág. 207.

dor que para caballero andante»⁸. En efecto, y en consonancia con las ideas de Huarte, don Quijote posee las cualidades del perfecto orador. Tiene, en primer lugar, una gran imaginativa, ya que domina la oratoria, la cual depende para Huarte de esa potencia. Según el médico navarro, la imaginativa es responsable del hallazgo de las ideas del discurso, de la disposición de las mismas, de su ornamentación e incluso de su adecuada pronunciación⁹, es decir, de las operaciones llamadas *inventio*, *dispositio*, *elocutio* y *actio* por la retórica tradicional. Don Quijote tiene también, como advierte el propio narrador, una gran memoria, que le permite recordar los episodios de sus lecturas de los libros de caballería, incluir en sus discursos citas textuales de la *Biblia* o de diversos poetas, e incluso retener sobre la marcha los versos que oye recitar en las bodas de Camacho¹⁰. Y es además un hombre de gran entendimiento, como repetidamente se nos hace saber a lo largo de la obra, citando expresamente el término empleado por Huarte. Así, el protagonista del *Quijote* cervantino reúne las cualidades que Huarte de San Juan considera exclusivas de ciertos ingenios excepcionales¹¹.

⁸ M. de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, 2 vols., ed. de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid: Alianza Editorial-Centro de Estudios Cervantinos, 1996 (vols. 4 y 5 de la edición de las *Obras completas* de Cervantes realizada por Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas), I, 18, pág. 212. En adelante citamos el *Quijote* de Cervantes por esta edición.

⁹ Cfr. J. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, op. cit., págs. 190 y sigs. Vid. además el comentario de las ideas sobre el perfecto orador de Huarte realizado por Tomás Albaladejo en «La retórica en el *Examen de ingenios para las ciencias* de Huarte de San Juan: elocuencia, verdad y el perfecto orador», op. cit., págs. 10 y sigs.

¹⁰ Dice textualmente el narrador: «Deste modo salieron y se retiraron todas las dos figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria don Quijote que la tenía grande los ya referidos» (II, 20, págs. 836-7). Y más adelante insiste en la misma idea: «Quedó Sancho de nuevo como si jamás hubiera conocido a su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria» (II, 58, pág. 1158).

¹¹ En el capítulo XIV de su obra, Huarte expone que hay otro tipo de ingenio, el del «hombre templado», que junta también, como el perfecto orador, las tres potencias, y debe dedicarse por ello a regir y a gobernar (*Examen de ingenios para las ciencias*, op. cit., págs. 287-309). Huarte ofrece algunas características físicas de este hombre templado (cabello *sub-rufo* —blanco y rubio mezclado—, «bien sacado y airoso, de buena gracia y donaire, de manera que la vista se recree en mirarlo como figura de gran perfección» —ibid., págs. 291-2—), que, obviamente, no coinciden con las de don Quijote, pero no describe en su libro los rasgos físicos del perfecto predicador, ingenio que, como don Quijote, junta las tres potencias sin ser el «hombre templado». En contrapartida, sí que ofrece los rasgos físicos del melancólico por adustión, que es el segundo mejor tipo de orador. Aunque don Quijote, por tener muy buena memoria, no corresponde anímicamente al melancólico por adustión, posee unos rasgos físicos que se adecuan al retrato que hace Huarte de ese tipo: «Tienen el color del rostro verdinegro o cenizoso; los ojos muy encendidos [...]; el cabello, negro, y calvos; las carnes, pocas, ásperas y llenas de vello; las venas muy anchas» (ibid., pág. 205). Dado que Cervantes no encuentra en Huarte un retrato físico del perfecto orador, parece que da a don Quijote los rasgos físicos del segundo mejor tipo de orador. De esta forma, en don Quijote se funden los rasgos del perfecto orador con los del melancólico por adustión (vid., a propósito del carácter melancólico de don Quijote, A. Redondo, «La melancolía y el *Quijote* de 1605», op. cit.).

Pero si Cervantes quiso hacer de don Quijote un ingenio excepcional, ¿en qué consiste entonces su locura? Pues bien, su trastorno es tan excepcional como su propio ingenio, ya que consiste fundamentalmente en una alteración de su entendimiento, pero no en una alteración total, sino sólo en una parcela del mismo relacionada con su percepción de las historias narradas en los libros de caballería. De hecho, muchos de los personajes que se cruzan con él se quedan admirados ante su gran entendimiento, y lamentan que lo tenga tan trastocado en lo tocante al tema caballeresco. Así se afirma textualmente en varios pasajes de la obra, como hace el ama al lamentar el efecto que los libros de caballerías han producido en su señor: «Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha» (I, 5, pág. 77). El cura insiste en la misma idea:

[...] fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo. De manera que, como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento (I, 30, pág. 384).

Y el propio narrador confirma la alteración parcial del entendimiento del caballero: «En los que escuchado le habían sobrevino nueva lástima de ver que hombre que, al parecer, tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente, en tratándole de su negra y pizmienda caballería» (I, 39, págs. 482-3). El carácter parcial de ese trastorno es responsable de que don Quijote no sea un completo loco, sino un hombre de ingenio excepcional que sólo desbarra en lo tocante al tema de la caballería, por lo que es capaz de admirarnos por sus muchas otras cualidades.

Huarte, por otra parte, relaciona el entendimiento con la percepción de la verdad. Según sus propias palabras, «el entendimiento es la potencia más noble del hombre y de mayor dignidad, pero ninguna hay que con tanta facilidad se engañe acerca de la verdad como él»¹². De ahí que don Quijote, cuyo entendimiento está parcialmente alterado, llegue a considerar que las historias narradas en los libros de caballerías son verdaderas.

Don Quijote sufre además un trastorno parcial de la imaginativa. Conserva intacta esta potencia en lo tocante a su capacidad para elaborar discursos retóricos caracterizados por su esmerada elocuencia, pero no así en lo que atañe a la in-

¹² J. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, op. cit., pág. 217. Vid. además T. Albaladejo, «La retórica en el *Examen de ingenios para las ciencias* de Huarte de San Juan: elocuencia, verdad y el perfecto orador», op. cit., pág. 13.

interpretación de las cosas que percibe a través de los sentidos. Huarte cree que los sentidos nunca se equivocan, de manera que lo que nos muestran siempre es verdadero. Pero los sentidos exteriores «no pueden obrar bien si no asiste con ellos la buena imaginativa»¹³. Y esto es precisamente lo que le falla a don Quijote. Según explica el narrador en el episodio de los rebaños que toma por ejércitos, don Quijote llega a ver en su imaginación «lo que no veía ni había» (I, 18, pág. 205), es decir, que, en consonancia con las ideas de Huarte, no le engañan sus sentidos, sino su imaginativa. Y a este respecto, resultan suficientemente significativas las palabras de Huarte sobre los ingenios con mucha imaginativa: «Estos se pierden por leer en libros de caballerías, en Orlando, en Boscán, en Diana de Montemayor y otros así; porque todas éstas son obras de imaginativa»¹⁴.

En cualquier caso, este trastorno de la imaginativa desaparecerá casi por completo en la segunda parte, pero persistirá su trastorno parcial del entendimiento, por lo que seguirá creyendo verdaderas las historias narradas en los libros de caballerías hasta poco antes de morir.

Por lo demás, las causas que aduce Cervantes para explicar la locura de don Quijote están en perfecta consonancia con las ideas de Huarte de San Juan y de otros médicos de la época. En efecto, el entendimiento depende para Huarte de un adecuado grado de sequedad, y el trastorno de don Quijote consiste precisamente en sobrepasar los límites adecuados. Como afirma el narrador, don Quijote «se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio» (I, 1, pág. 41). Y es de notar que la excesiva actividad intelectual y la falta de sueño eran consideradas en la época como desencadenantes de los trastornos del entendimiento y de la percepción a través de los sentidos (es decir, de la imaginativa)¹⁵.

El carácter de Sancho también se relaciona con las ideas expuestas en el *Examen de ingenios*. Para Huarte, «Los graciosos, decidores, apodadores y que saben dar una matraca [gastar una broma] tienen cierta diferencia de imaginativa muy contraria del entendimiento y memoria»¹⁶. Y Sancho es pintado, precisamente, como un hombre de ingeniosa imaginativa, pero muy corto de entendi-

¹³ J. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, op. cit., pág. 232.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 170.

¹⁵ A este respecto, Agustín Redondo recoge las palabras del doctor Enrique Jorge Enríquez en su *Retrato del perfecto médico* (1595): «el mucho vigilar corrompe y daña el sentido y [...] enflaquece el entendimiento» (apud A. Redondo, «La melancolía y el *Quijote* de 1605», op. cit., pág. 139).

¹⁶ J. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, op. cit., pág. 173.

miento y de desastrosa memoria¹⁷ (aunque en ocasiones, y en consonancia con la personalidad a veces contradictoria del personaje, muestre poseer esporádicamente esas cualidades). Así, y en relación con la clasificación mencionada de Huarte sobre los tipos de ingenios y la predicación, el carácter de Sancho se sitúa en el extremo opuesto al de don Quijote, y corresponde al tipo de ingenio al que Huarte no encomendaría nunca el oficio de la predicación. Ambos personajes, por lo tanto, presentan rasgos totalmente opuestos con respecto a los tipos de ingenios descritos por Huarte.

Además, Huarte dedica dos capítulos de su obra al arte de gobernar la república y al arte de la guerra¹⁸, cualidades que a su juicio dependen de la imaginativa. De ahí que Cervantes lleve a Sancho, personaje que posee esa cualidad, al gobierno de una ínsula, en la cual demuestra estar bien dotado para la gobernación, pero no tanto para el arte de la guerra, pues no es capaz de dirigir adecuadamente la defensa contra los supuestos ataques de que es objeto. De hecho, la actuación de Sancho como gobernador viene a refrendar una de las ideas expuestas por Huarte a propósito de la necesaria ayuda de Dios para gobernar. A este respecto, el médico navarro se expresa de esta forma:

Porque las demás ciencias y artes parece que se pueden alcanzar y poner en práctica con las fuerzas del ingenio humano; pero gobernar un reino, tenerlo en paz y concordia, no solamente es menester que el Rey tenga prudencia natural para ello, pero es necesario que Dios asista particularmente con su entendimiento y le ayude a gobernar¹⁹.

Y en el *Quijote* se afirma lo siguiente a propósito del ingenio que Sancho muestra como gobernador, tras adivinar que dentro de un báculo hay escondidos diez escudos de oro: «De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios» (II, 45, pág. 1052).

¹⁷ Don Quijote recrimina su falta de entendimiento a Sancho en el episodio del cuento: «Si desamane cuentas tu cuento, Sancho dijo don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada» (I, 20, pág. 231). El propio Sancho hace referencia a su escaso entendimiento: «Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos a nuestro lugar...» (I, 18, pág. 202). Y afirma lo siguiente de su memoria: «Escríbala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro [se refiere a la carta de don Quijote a Dulcinea] y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate: que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo» (I, 25, pág. 311).

¹⁸ Cfr. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, op. cit., capítulo XI, págs. 208-27, y capítulo XII, págs. 253-86.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 301.

Por lo demás, algunas de las ideas y ejemplos que expone Huarte relativos a la locura parecen tener su reflejo en el *Quijote cervantino*²⁰. Pero me interesa resaltar ahora el hecho de que Cervantes, siguiendo los planteamientos de Huarte, haya hecho de don Quijote un perfecto orador. En efecto, los discursos de don Quijote consiguen siempre admirar a sus destinatarios, y los contrincantes con los que se enfrenta dialécticamente nunca logran derrotarlo, a pesar de que su causa no es fácil de defender, de manera que, aunque no sean convencidos por don Quijote, tampoco consiguen vencerlo²¹. El propio Sancho, que se sitúa en el extremo opuesto, según vimos, al del perfecto orador, siente una gran admiración por la capacidad oratoria de su amo, y este es uno de los motivos que le incitan a continuar a su lado a pesar de sus desvaríos. Así expresa Sancho su admiración tras oír la disertación de don Quijote sobre el pecado del desagradecimiento: «¿Hay cura de aldea que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?» (II, 58, pág. 1165).

Esta cualidad esencial del don Quijote cervantino no fue reproducida por Avellaneda, cuyo personaje no posee en modo alguno las capacidades excepcionales de su homólogo cervantino, ni tiene un fino entendimiento en todo lo que no toca a los libros de caballería, ni muestra una extraordinaria capacidad oratoria. Mientras que los variados discursos del don Quijote cervantino provocan siempre la admiración de sus oyentes, el monótono discurso del don Quijote de Avellaneda produce un efecto muy distinto, como advierte el narrador tras el discurso en la plaza de Ateza, en la que conmina a los presentes a que les devuelvan el caballo y el rucio robados, amenazando en caso contrario a singular

²⁰ Baste citar el caso del rústico labrador que enferma y comienza a hablar «con tantos lugares retóricos, con tanta elegancia y policía de vocablos como Cicerón lo podía hacer delante del Senado» (J. Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, op., cit., pág. 107), en el que se añan, como en don Quijote, la locura y la elocuencia, o el del paje de poco ingenio que se vuelve maniaco: «caído en la enfermedad, eran tantas las gracias que decía, los apodos, las respuestas que daba a los que le preguntaban, las trazas que fingía para gobernar un reino del cual se tenía por señor, que por maravilla le venían gentes a ver y oír, y el propio señor jamás se quitaba de la cabecera rogando a Dios que no sanase» (ibid., pág. 108). En este ejemplo se advierten características que concuerdan con la personalidad de Sancho, y el deseo del amo de que el loco no sane tiene un claro paralelo en las palabras que don Antonio Moreno expresa en Barcelona a propósito del intento de Sansón Carrasco de curar a don Quijote: «¡Oh señor —dijo don Antonio—, Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él! ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo a un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera dellas puede volver a alegrar a la misma melancolía» (II, 65, pág. 1227).

²¹ Cfr. al respecto A. Roldán Pérez, *Don Quijote: Del triunfalismo a la dialéctica*, op. cit., págs. 10-4.

batalla a todo el pueblo: «Dieron todos, en oyendo estos disparates, una grandíssima risada»²². Y las mismas carcajadas se repiten al finalizar casi todos sus discursos. Si el héroe cervantino presenta un transtorno parcial del entendimiento y de la imaginativa, el de Avellaneda tiene esas cualidades totalmente alteradas, por lo que en ningún caso es capaz de despertar la admiración de quienes le escuchan, sino sólo su risa burlona. Al inicio de la obra, Avellaneda se hace eco del buen entendimiento del personaje cervantino en su estado de cordura, pero afirma que lo ha perdido totalmente, sin insistir, como hace Cervantes, en que lo conserva en lo que no atañe al tema caballeresco: «se descubría ser hombre de buen entendimiento, y de juyzio claro, si no le huviera perdido por averse dado sin moderación a leer libros de cavallerías» (I, 1, pág. 26). El transtorno total del entendimiento y de la imaginativa del personaje es ratificado en otro lugar: «...que el chaos que tenía en su entendimiento y confusión de species de que traya embutida la imaginativa le servían de tan desconcertado despertador, que apenas le dexavan dormir media hora seguida» (II, 23, pág. 210). Y el propio comportamiento del personaje, que nunca muestra las cualidades positivas de su homólogo cervantino, revela el carácter total de su transtorno.

Por otra parte, el don Quijote de Cervantes es capaz de elaborar los tres tipos de discursos contemplados en la *Retórica* aristotélica: el judicial, relacionado con las causas forenses, el demostrativo, relativo a la alabanza o al vituperio, y el deliberativo, en que se intenta persuadir al destinatario de que actúe de determinada forma en el futuro. Así, don Quijote sigue las normas retóricas de los discursos judiciales cuando se defiende de los ataques de sus adversarios, probando la veracidad de los libros de caballerías, y lo hace en conformidad con los tres estados de la cuestión establecidos por la retórica para el género judicial²³.

²² Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, ed., introducción y notas de Martín de Riquer, Madrid: Espasa-Calpe, 1972, vol. I, 7, pág. 140. En adelante citamos el *Quijote* de Avellaneda por esta edición.

²³ Según la retórica, el *status* es la cuestión capital, la pregunta que tiene que hacerse el juez al escuchar las declaraciones contradictorias de las partes. Se distinguen cuatro tipos fundamentales de *status*: de conjetura (*coniecturae*), de definición (*finitionis*), de calificación (*qualitatis*) y de recusación (*translationis*). Estos estados tratan de establecer, respectivamente, si han existido los hechos de que se culpa al acusado, la definición del delito, si los hechos son conformes a derecho, y si procede o no legalmente tratar los hechos. Según Antonio Roldán Pérez, las discusiones que entabla don Quijote sobre los libros de caballerías con otros personajes siguen el orden marcado por estas cuestiones. En primer lugar, se trata de establecer si han existido o no los caballeros andantes, y don Quijote dirime esta cuestión con el canónigo de Toledo; en segundo lugar, hay que definir qué es la caballería andante, y don Quijote trata esta cuestión con el cura, el barbero, el ama y su sobrina; en tercer lugar, hay que probar si las acciones de don Quijote son conformes a derecho, cuestión que disputa con el caballero del verde gabán; y por último, se trata de establecer si don Quijote tiene competencia legal para ser caballero, lo que discute con su sobrina. Vid. A. Roldán Pérez, *Don Quijote: del triunfalismo a la dialéctica*, op. cit., págs. 16 y sigs.

Sabe también elaborar discursos demostrativos para elogiar la gratitud, la fama, o la hermosura del alma, y es capaz de aconsejar a sus semejantes pronunciando discursos deliberativos, como hace ante el caballero del verde gabán en defensa de la vocación poética de su hijo.

Frente a la variedad elocutiva del don Quijote cervantino, los discursos del don Quijote de Avellaneda parecen ser siempre iguales. Avellaneda ha captado bien que una de las cualidades del don Quijote cervantino es precisamente su facilidad para la elocuencia, y de ahí que se vea en la obligación de hacerle pronunciar frecuentemente discursos. Pero en ellos no pone de manifiesto su habilidad oratoria y su capacidad de persuasión, sino simplemente su locura. En efecto, el personaje de Avellaneda no muestra, como el de Cervantes, un trastorno parcial que le permita razonar adecuadamente en los temas que no tienen que ver con los libros de caballerías, sino que está completamente desquiciado, y es incapaz de elaborar un discurso coherente sobre tema alguno. De entrada, el personaje se equivoca siempre al tomar a sus destinatarios por lo que no son. Así, en un intento de parodiar los discursos de Cicerón, el don Quijote de Avellaneda comienza su discurso a los aldeanos de Ateca llamándolos «Senado ilustre y pueblo romano invicto» (I, 7, pág. 139). En otra ocasión toma a los ciudadanos de Zaragoza por «valerosos príncipes y caballeros griegos» (I, 8, pág. 163), y llama más tarde «infanzones» a los congregados en la plaza de Sigüenza (II, 24, pág. 221). Y los contenidos de sus discursos, que apenas siguen las normas retóricas de composición, son difíciles de adscribir a un género oratorio concreto, ya que están formados por una sarta continuada e ilógica de ridículas incoherencias temáticas y sintácticas. Baste como muestra el siguiente fragmento del discurso de Zaragoza, en el que cree ser Aquiles y estar ante las murallas de Troya:

Valerosos príncipes y caballeros griegos, [...] ya veis el porfiado cerco que sobre esta ciudad famosa de Troya por tantos años avemos tenido, y que en quantas escaramuças avemos travado con estos troyanos y Héctor, mi contrario, a quien, siendo yo, como soy, Aquiles, vuestro capitán general, nunca he podido coger solo para pelear con él cuerpo a cuerpo y hazerle dar, a pesar de toda su fuerte ciudad, a Helena, con la qual se nos han alçado por fuerça. Conviene, pues, ¡o valerosos héroes!, que toméis agora mi consejo [...], el qual es que hagamos una paladión, o un cavallo grande de bronze, y que metamos en él todos los hombres armados que pudiéremos... (I, págs. 164-5).

Y continúa pretendiendo hacer la guerra de Troya en Zaragoza. Esta clase de perorata pseudo-deliberativa puede resultar graciosa la primera vez, pero, una vez leídos dos o tres discursos, el lector pierde el interés por los siguientes, pues

sabe perfectamente de antemano que van a ser muy parecidos. Por ello, la capacidad oratoria de uno y otro don Quijote resulta ser una de las diferencias esenciales entre las dos obras, de manera que el carácter excepcional y la habilidad discursiva del personaje de Cervantes lo convierten en un ser mucho más interesante que su homólogo.

Es posible que, como apunta Nicolás Marín, Avellaneda pretendiera ridiculizar expresamente a don Quijote debido a su atrevimiento de querer ser caballero y de anteponer un don a su nombre, cuando no era más que un hidalgo²⁴. En cualquier caso, lo cierto es que los discursos de su don Quijote provocan una y otra vez la risa burlona de los circunstantes, pero no consiguen mantener la del lector, debido a su previsible carácter. Mientras que en el *Quijote* de Cervantes nos asombra la habilidad persuasiva del protagonista, y asistimos expectantes a sus discursos y razonamientos, que confieren a la obra gran parte de su interés, en el *Quijote* de Avellaneda la retórica no es aprovechada adecuadamente para aumentar el atractivo del personaje.

Además, en la obra de Cervantes hay muchos otros discursos pronunciados por personajes distintos a don Quijote. Así, Marcela pronuncia un discurso de tipo judicial en el que se defiende de las acusaciones de ingratitud de sus pretendientes, reclamando su derecho a la libertad de decisión. Cardenio improvisa otro largo discurso, esta vez de tipo ofensivo, adoptando la actitud de un fiscal para culpar a Luscinda y a don Fernando de traición, y Dorotea defiende su inocencia mediante otro discurso judicial de tipo defensivo. Estos y otros discursos están contruidos en conformidad con las normas retóricas de la época. Cervantes da muestra en ellos de conocer y dominar a la perfección las dos corrientes retóricas predominantes en el Siglo de Oro español: la greco-latina tradicional, heredera del conjunto de las obras de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, y la helenístico-bizantina, recogida en no pocos tratados retóricos de la segunda mitad del siglo XVI, y continuadora de las ideas de Hermógenes de Tarso, que desarrolló lo tocante a los estados de las causas judiciales y a la teoría de los estilos²⁵.

En efecto, del análisis del *Quijote* se desprende que Cervantes conocía perfectamente el contenido de todas las operaciones retóricas: la *inventio*, o hallazgo de las ideas; la *dispositio*, o disposición de las mismas, la *elocutio*, consistente en su adorno, la *memoria*, que facilitaba el aprendizaje de los discursos, y a la

²⁴ Cfr. N. Marín, «Alonso Quijano y Martín Quijada», en *Estudios literarios sobre el siglo de Oro*, Granada: Universidad de Granada, 1994, 2ª ed, págs. 199-230.

²⁵ A propósito de estas corrientes y de los tratados retóricos en que se reflejan, cfr. A. Martín Jiménez, «La literatura en los tratados españoles de retórica del siglo XVI», en *Rhetorica*, 15, 1, 1997, págs. 1-39 y A. Martín Jiménez, *Retórica y Literatura en el siglo XVI: El Brocense*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1997, págs. 13-43.

actio, operación relativa a su pronunciación. Cervantes se refiere explícitamente a estas operaciones retóricas en el prólogo de la *Galatea*, en el que pide comprensión hacia el estilo empleado por sus pastores, que no guarda el decoro exigido por las retóricas tradicionales en el apartado de la *elocutio*, y se disculpa por las demás objeciones que, según sus palabras textuales, «en la invención y en la disposición se pudieren poner»²⁶, es decir, en la *inventio* y en la *dispositio* retóricas.

Cervantes usa con soltura los listados de lugares comunes de la *inventio* retórica, a los que podía acudir el orador para extraer los razonamientos de su discurso. Así se observa en las presentaciones que realiza de sus personajes, basadas siempre en los lugares comunes de persona, que incluyen el nombre, la nación, la edad, el sexo, el estado, la familia, la condición, las costumbres y los bienes de fortuna y de naturaleza de la persona de la que se habla, como se observa en el inicio de la novela del *Curioso impertinente*:

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales [...]. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres [...]. Bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza (I, 33, pág. 403).

Se vale también Cervantes magistralmente de otros lugares comunes, como los juegos con los nombres o etimologías de las palabras que tanto abundan en la obra²⁷, el uso de la definición, del género y sus especies, de la exposición de las causas y los efectos de los hechos y de las circunstancias de los mismos, de los comparados, de los ejemplos o de los testimonios²⁸. Los discursos del *Quijote* cervantino están contruidos mediante la acumulación de estos lugares comunes, que resultan fácilmente identificables una vez que se advierte su uso constante por parte del autor. Cervantes utiliza además estos lugares comunes de forma aislada para construir las conversaciones dialécticas entre sus personajes, y hace uso de ellos tanto en los pasajes más serios y elevados como en los irónicos. No en vano se define a sí mismo en el capítulo IV del *Viaje del Parnaso* de la siguiente manera: «Yo soy aquel que en la invención excede / A muchos;

²⁶ M. de Cervantes, *La Galatea*, Barcelona: Ramón Sopena, 1975, pág. 16.

²⁷ Cfr. al respecto los interesantes comentarios efectuados por Agustín Redondo a propósito de los nombres de los personajes del *Quijote* en su obra *Otra manera de leer el «Quijote»*, op. cit., passim.

²⁸ A propósito de los lugares comunes de la *inventio* retórica, cfr. H. Lausberg, *Manual de retórica literaria*, Madrid: Gredos, 1990, 3ª reimpr., §§ 373-99 y T. Albaladejo, *Retórica*, Madrid: Síntesis, 1989, págs. 95-9.

y al que falta en esta parte, / Es fuerza que su fama falta quede»²⁹. Es de notar que el término «parte» es usado en esta ocasión por Cervantes debido a que la *inventio* era precisamente una de las *partes artis* de la retórica³⁰.

Da muestras también Cervantes de conocer a la perfección las normas relativas a la *dispositio*, y sabe adecuar el exordio, la narración, la argumentación y el epílogo de sus disertaciones, como se observa con toda claridad en los de Cardenio o Dorotea, a las normas establecidas por la retórica para los distintos tipos de discurso. En este sentido, usa a su conveniencia los recursos establecidos por la corriente greco-latina tradicional, que aconsejaba la brevedad de la narración, o por la corriente helenístico-bizantina, que se inclinaba por la ampliación de la misma. Según convenga al caso, Cervantes emplea una narración breve, como en el parlamento del galeote que cuenta escuetamente su vida, o ampliada, como en los mencionados discursos de Cardenio y Dorotea, donde se nos cuentan todos los pormenores de los hechos siguiendo las propuestas de Hermógenes para ampliar la narración³¹.

Muestra también Cervantes su dominio en la aplicación de las figuras retóricas de la *elocutio*, y es obvio que conoce y desarrolla las teorías estilísticas herederas de los planteamientos de Hermógenes de Tarso, quien había defendido la variedad de los estilos³², ya que hace referencia explícita a algunos de los estilos

²⁹ M. de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, ed. y comentarios de Miguel Herrero García, Madrid, C.S.I.C.-Instituto «Miguel de Cervantes», 1983, IV, vv. 28-30, págs. 253-4.

³⁰ A este respecto, y tras considerar el doble sentido de la palabra «invención», como parte de la oratoria y como un término que se refiere a la capacidad de introducir nuevas técnicas novelísticas o teatrales, Stephen Gilman cree que Cervantes la usa en el segundo de los sentidos. Cfr. al respecto S. Gilman, *La novela según Cervantes*, op. cit., págs. 79-142. Aun admitiendo que Cervantes usa en ocasiones la palabra en el sentido apuntado por Gilman, éste no advierte la maestría de Cervantes en el uso de los recursos de la *inventio* retórica, ni observa que se refiere a la misma en el pasaje citado del *Viaje del Parnaso* denominándola *parte*, lo que incide en el carácter retórico del término.

³¹ Cfr. al respecto A. Martín Jiménez, «Retórica y Literatura: discursos judiciales en el *Quijote*», op. cit.

³² La obra de Hermógenes destaca sobre todo por su teoría de los estilos, que se remonta a Aristóteles a través de Dionisio de Halicarnaso y de Demetrio de Falero. Hermógenes propone siete tipos básicos de estilo, cuyo fundamento son las cualidades del discurso de Demóstenes. Estos tipos de estilo o «ideas», con sus denominaciones griegas y latinas, son los siguientes: *Saphenía* o *claritas* (claridad), *Mégethos* o *amplitudo* (grandeza), *Kallos* o *pulchritudo* (belleza), *Gorgótes* o *torvitas* y *celeritas* (rigor y rapidez), *Éthos* o *morata oratio* (carácter o estilo caracterizado), *Alétheia* o *veritas* (sinceridad) y *Deinótes* o *gravitas* (fuerza). A su vez, algunos de estos siete tipos de estilo o «ideas» son subdivididos en nuevos tipos, de forma que el sistema de Hermógenes está constituido por un total de 20 «ideas»: 1. *Claritas*: *puriatas*, *elegantia*; 2. *Amplitudo*: *dignitas*, *asperitas*, *vehementia*, *sublimitas*, *splendor*, *plenitudo*; 3. *Pulchritudo*; 4. *Torvitas* o *celeritas*; 5. *Morata oratio*: *simplicitas*, *suavitas*, *subtilitas*, *modestia*; 6. *Veritas*; 7. *Gravitas*. Para cada una de las veinte «ideas» Hermógenes preceptúa unos determinados temas, figuras, vocablos y tipos de sintaxis. Como consecuencia, su sistema resulta de una gran riqueza, y proporciona un muy variado elenco de estilos diferentes de posible aplicación en un mismo texto que fueron cultivados por los autores literarios del clasicismo. Cfr. al respecto A. Patterson, *Hermógenes and the*

del autor griego, como la *aspereza* y la *suavidad* o «blandeza»³³. Y se refiere además a la operación retórica de la *actio* cada vez que nos explica el aspecto, los gestos y la modulación de la voz del orador, como hace a propósito del discurso de Dorotea: «Todo esto dijo sin parar la que tan hermosa mujer parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura» (I, 28, pág. 348).

Avellaneda se sirve también de la retórica, pero no llega a aprovechar sus preceptos con la misma maestría que Cervantes. La propia imitación del *Quijote* cervantino obliga al autor a introducir algunos discursos, pero no muestra tener unos conocimientos retóricos como los de Cervantes ni hacer un uso tan apropiado de los mismos. Contrariamente a Cervantes, que domina todos los tipos de discursos retóricos, y presenta los episodios argumentales de Marcela, de Cardenio, de Dorotea o de Ana Félix a través de discursos judiciales, Avellaneda se limita a reproducir los discursos incoherentes de su don Quijote y a añadir algunos discursos deliberativos, pronunciados en ocasiones por algún personaje secundario que intenta convencer a otro de que realice alguna acción. Pero en estas ocasiones no llega a producirse, como ocurre frecuentemente en el *Quijote* cervantino, una auténtica confrontación dialéctica. Mientras que los personajes de Cervantes se enzarzan en prolongadas discusiones sobre temas diversos, los de Avellaneda parecen rehuir los enfrentamientos sostenidos. De hecho, en buen número de ocasiones tienen ya tomadas sus decisiones de antemano, y parecen no escuchar los razonamientos de sus contrincantes. Por ello, los discursos de Avellaneda se convierten en meras imitaciones formales de los de Cervantes, y no derivan en discusiones que muestren visiones contrapuestas de la realidad. Así, cuando mossen Valentín intenta persuadir de que regrese a su pueblo al don Quijote de Avellaneda, éste no se toma mucho tiempo para refutar sus argumentos, y, tras esgrimir una escueta argumentación sobre las dificultades que hay que superar para alcanzar la gloria (basada por lo tanto en la causa final, uno de

Renaissance. Seven Ideas of Style, Princeton: Princeton University Press, 1970; J. Monfasani, *George of Trebizond. A Biography and a Study of his Rhetoric and Logic*, Leiden: Brill, 1976; A. Sánchez Royo, «Introducción» a Hermógenes, *Sobre los tipos de estilo y Sobre el método del tipo de fuerza*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 1991, págs. 5-32, págs. 26-7 y C. Ruiz Montero, «Introducción» a Hermógenes, *Sobre las formas de estilo*, Madrid: Gredos, 1993, págs. 786, págs. 24-5. A propósito de la influencia de Hermógenes en el estilo de Cervantes, vid. L. López Grigera, «Introducción a una lectura retórica de Cervantes: *El Quijote* a la luz de Hermógenes», en L. López Grigera, *La retórica en la España del Siglo de Oro*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994, págs. 163-78.

³³ Así se observa en el pasaje en el que don Quijote contesta al eclesiástico en el palacio de los duques: «Las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden: a lo menos, el haberme reprendido en público y tan *ásperamente* ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la *blandura* que sobre la *aspereza*» (II, 32, pág. 940).

los lugares comunes de la *inventio*), lo tacha de cobarde y se apresura a zanjar la discusión, alejándose cuanto antes de su casa (I, 7, págs. 147-52).

Hay otras ocasiones en que Avellaneda intenta imitar las discusiones dialécticas del *Quijote* cervantino, pero no llegan nunca a alcanzar su mismo grado de elaboración. En un pasaje en que don Quijote critica con cierta impertinencia la pequeñez de la dama de Álvaro Tarfe, éste le responde con una serie de razonamientos extraídos de la *inventio* retórica, como son los testimonios a modo de definición tomados de Aristóteles y Cicerón, los comparados y los silogismos parcialmente encubiertos que demuestran que es más difícil ver un defecto en las cosas pequeñas que en las grandes, por lo que la pequeñez de su amada no constituye un defecto, sino una virtud. Y ante estas consideraciones, siguiendo una actitud nada parecida a la de su homólogo cervantino, que nunca renuncia a una confrontación dialéctica, el don Quijote de Avellaneda se da por satisfecho, y propone zanjar la discusión e ir a cenar (I, 1, págs. 36-8).

Algo parecido ocurre en los discursos deliberativos incluidos al comienzo del relato del *Rico Desesperado*, intercalado en la sexta parte del *Quijote* de Avellaneda. Esta historia guarda un notable paralelo con la novela del *Curioso impertinente* inserta en el *Quijote* de Cervantes. En conformidad con la distinción retórica entre tesis, o cuestión general, e hipótesis, o cuestión particular, ambos relatos representan ejemplos o hipótesis particulares que intentan demostrar determinadas tesis generales, relacionadas con la nocividad de dejarse llevar por unos celos excesivos o de tomar la determinación de abandonar un convento. La novela del *Curioso impertinente* sirve de hipótesis para demostrar la tesis que el mismo narrador expone con las siguientes palabras: «Ejemplo claro que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner a brazos con tan poderoso enemigo» (I, 34, págs. 427-8), mientras que el relato del *Rico desesperado* es una hipótesis destinada a probar la tesis resumida por uno de los canónigos: «como dijo bien el sabio prior al galán quando quiso salirse de la religión, por maravilla acaban bien los que la dexan» (II, 16, pág. 88). Además, Avellaneda se sirve, al igual que Cervantes, de los lugares de persona de la *inventio* retórica para presentar a su protagonista, y en ambos relatos se producen enfrentamientos dialécticos entre los personajes.

El Anselmo de Cervantes, deseoso de conocer si su mujer le será siempre fiel, intenta convencer a su amigo Lotario de que ponga a prueba su fidelidad, y éste a su vez procura persuadirle de la insensatez del proyecto. Pero mientras que entre Anselmo y Lotario se mantiene una prolongada y atractiva discusión dialéctica, en la que salen a relucir todos los lugares comunes de la *inventio* retórica, no ocurre lo mismo en el relato de Avellaneda. En efecto, cuando el protagonista, el señor de Japelín, decide ingresar en un convento, uno de sus amigos intenta convencerlo de que abandone su determinación mediante un discurso deliberativo. En él recurre a algunos lugares comunes de la *inventio*: así,

incluye una alabanza encubierta del destinatario para captar su benevolencia, hace mención de los lugares de persona de su amigo para destacar su elevada condición social y lo inadecuado de renunciar a ella, se vale de la definición de la libertad, que juzga contraria a la vida monástica, y acude a la moción de sentimientos, suplicándole por la memoria de su padre y en nombre de su propia amistad que abandone el convento. Sin embargo, el señor de Japelín confiesa que ya estaba arrepentido de haber ingresado en el convento antes de escuchar el discurso de su amigo, por lo que dicho discurso no resulta decisivo en su determinación de abandonarlo. Y cuando su decisión es conocida por el prior, éste intenta a su vez convencerlo de que está equivocado, pronunciando otro discurso deliberativo de signo contrario al del amigo. Pero el discurso del prior no sirve de nada, y el señor de Japelín, sin querer rebatir sus argumentos, se limita a contestar lo siguiente cuando el prior acaba de hablar: «No ay, padre mío, que dar ni tomar más sobre este negocio, que estoy resuelto en lo que tengo dicho y lo tengo muy bien mirado y tanteado todo» (II, pág. 57). De esta forma, la confrontación entre Lotario y Anselmo resulta a todas luces más atractiva que la que se produce en el relato de Avellaneda, quien no desarrolla un auténtico enfrentamiento dialéctico, sino que se limita a exponer dos discursos aislados que no interaccionan entre sí.

Avellaneda muestra en otras ocasiones un cierto conocimiento de la retórica³⁴, y se sirve de sus normas. Así, en la aventura del melonar, don Quijote y Sancho intentan convencerse mutuamente, con algunos argumentos retóricos, de la conveniencia de atacar o no a la persona que cuida los melones armado con una lanza, y, a imitación de su homólogo cervantino, el Sancho de Avellaneda recurre en última instancia a la moción de sentimientos, echándose incluso a llorar (I, 6, págs. 119-26); en otra ocasión, la disputa retórica versa sobre la conveniencia de permitir o no a Bárbara que prosiga viaje con ellos al llegar a Alcalá (III, 27, págs. 68-71); el secretario de don Carlos, disfrazado de doncella, pronuncia un discurso para persuadir a don Quijote de que se encamine a Toledo, con el fin encubierto de ingresarlo en un manicomio (III, 34, págs. 186-7), y don Carlos intenta convencer a Sancho por medio de un discurso deliberativo de que abandone a su señor y entre al servicio del Archipámpano de Sevilla (III, 35, págs. 192-195). Asimismo, y a imitación también de Cervantes, Avellaneda se sirve de ciertos recursos elocutivos, como se advierte en sus descripciones irónicas del amanecer³⁵, o en el uso insistente de

³⁴ Al final del relato del *Rico desesperado*, por ejemplo, los personajes que lo han escuchado alaban «la buena disposición de la historia» (II, 16, pág. 89), en clara referencia a una *dispositio* retórica trasladada al ámbito poético.

³⁵ Avellaneda hace decir a su don Quijote lo siguiente: «...al asomar por los balcones de nuestro horizonte el ardiente enamorado de la esquiva Daphnes...» (I, 11, pág. 210).

zeugmas³⁶. Sin embargo, los discursos retóricos y sus menguadas réplicas no llegan nunca a alcanzar en la obra de Avellaneda el nivel de las discusiones dialécticas de Cervantes, las cuales resultan esenciales para ofrecer una pluralidad de visiones distintas y contrapuestas de la realidad, y colaboran por ello en gran medida a aumentar la calidad humana y artística de su obra.

Esto queda también de manifiesto en el hecho de que el Sancho y el don Quijote de Avellaneda no sólo no conversan e intercambian puntos de vista con la frecuencia con que lo hacen sus homólogos cervantinos, sino que ni siquiera se escuchan. Y si el Sancho de don Quijote permanece con su señor no sólo por el deseo de gobernar una ínsula, sino también porque admira su ingenio excepcional y su elocuencia, el lector del libro de Avellaneda llega a asombrarse de que su Sancho siga al lado de su amo, cuando no siente por él admiración alguna ni parece prestarle atención³⁷.

En definitiva, aunque Avellaneda emplea recursos retóricos, seguramente como resultado de la imitación de la obra de Cervantes, lo hace en mucha menor medida que éste, y con peores resultados. La comparación entre los dos *Quijotes* a la luz de la retórica de la época muestra que Cervantes no sólo no era un ingenio lego en la materia, sino que la conocía y la dominaba a la perfección, y que, basándose en las teorías de Huarte de San Juan, construyó la personalidad de don Quijote como la de un ser excepcional y un perfecto orador. Avellaneda, en cambio, convierte a don Quijote en un personaje ridículo incapaz de hilvanar un discurso mínimamente coherente. Esta elección satírica, que ni siquiera mantiene la hilaridad a causa de su monotonía, priva al personaje de las altas dotes de humanidad del don Quijote cervantino. Además, Cervantes se sirve continuamente de la retórica en diversos pasajes de su obra para presentar visiones contrapuestas de la realidad, y Avellaneda parece rehuir la pluralidad de perspectivas que confieren a la obra de Cervantes gran parte de su modernidad. Avellaneda, en suma, no sabe sacar a la retórica el mismo partido que Cervantes, y el uso excepcional que éste hace de la misma colabora en gran medida a lograr que su obra alcance un nivel artístico muy superior al del libro de su rival.

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ
Universidad de Valladolid

³⁶ Esta insistencia es vista como un defecto estilístico por Fernando García Salinero. Vid. su «Introducción crítica sobre el autor» a A. Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, Madrid: Castalia, 1971, págs. 7-37 y 17-8.

³⁷ A este respecto, Fernando García Salinero dice lo siguiente: «Este Sancho [...] no dialoga con su amo, ni demuestra tener con él una armonía preestablecida; este Sancho habla su propio idioma, sin que se produzca esa ósmosis lograda en el *Quijote* cervantino entre caballero y escudero: cada uno habla en soliloquios, pero ni se escuchan, ni, en consecuencia, se oyen. No es posible, pues, que haya *quijotización* o *sanchificación*», (F. García Salinero, «Introducción crítica sobre el autor», op. cit., pág. 14).